

BREVE REFLEXION BIBLICO-TEOLOGICA SOBRE EL CONCEPTO SOLIDARIDAD

José L. Alicea
Universidad de P.R., Ponce

Gran parte de los mensajes cristianos que escuchamos en la radio, televisión y en nuestras iglesias parecen ser una repetición de lo mismo que escuchamos año tras año: se destaca el sufrimiento de Jesús y se hace un llamado al arrepentimiento, al pietismo para venerar Aquél que murió para salvación nuestra. Al escuchar muchas predicaciones me da la impresión de que la reflexión bíblico-teológica ha quedado estancada para ciertos ministros y predicadores a quienes aparentemente se les hace muy difícil aplicar el mensaje de crucifixión y resurrección a la realidad de nuestros días contemporáneos. En tales mensajes no logro escuchar respuestas claras, coherentes, concretas a muchas de las interrogantes de un sector de la población que sufre dada la pobreza extrema, injusticias, discriminación, desempleo y otros males de nuestra sociedad moderna. Tal situación me hace pensar que nuestros ministros y predicadores se alejan grandemente de las necesidades humanas y lo que es peor, no son solidarios con el que sufre, con el que tiene hambre, con los oprimidos, con aquellos que sufren los embates de la moderna sociedad actual.

Sin embargo, y a manera de contradicción con lo que observamos hoy día, Dios se solidariza, se identifica con el dolor humano; realidad que se concretiza en todos los escritos bíblicos tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento.

El hecho más notable de solidaridad en Dios es el enviar a su Hijo para que muera por el pecado del ser humano lo cual implica que Dios sufre con nosotros; Dios es solidario con los que sufren, a fin de liberar del sufrimiento introduciendo en Jesucristo una forma de amor que se propone asumir el dolor y la muerte para a su vez liberarnos de ella.

En los evangelios Jesús destaca que su ministerio es un compromiso con los necesitados e invita a sus discípulos, y por ende a nosotros, a hacer lo mismo.

A manera de ejemplo podríamos mencionar en primer lugar la parábola del buen samaritano (Lucas 10:25) donde Jesús destaca que para ganar la vida eterna no sólo es importante amar a Dios sino al prójimo como a uno mismo. Aunque esta parábola no sería el mejor ejemplo para destacar el concepto de solidaridad, ya que el amor al prójimo debe ir más allá de la compasión, sí nos demuestra que dicho amor implica identificarse con el dolor humano y renunciar al individualismo y egoísmo personal.

En Lucas 9:10-17 es aún más notable la actitud solidaria de Jesús ante la necesidad y el hambre dando de comer a cinco mil hombres. Ante una aparente situación de escasez y limitación, Jesús logra que cinco mil personas coman hasta quedar satisfechas.

La interpretación simplista que hoy se da es que Jesús multiplicó cinco panes y dos pescados y dió de comer a todas esas personas. Es cierto que El logró que se multiplicasen, pero ¿cómo? Hoy simplemente se intenta dar a entender que mediante un acto de magia convierte los panes y peces en miles y miles para dar de comer a tanta gente. Pero si leemos detenidamente y con sabiduría una buena traducción bíblica, acompañada con un buen comentario exagético, comprenderíamos que un mero acto de magia no tendría sentido en el ministerio de Jesús, ya que no cumplía con los objetivos del Señor. Sería como pensar que Jesús sólo sintió pena por aquella gente y para que no padeciesen hambre convirtió los panes y peces en miles.

Sin embargo, la intención de Jesús era demostrar que ellos podían evadir el hambre si renunciaban al individualismo y egoísmo compartiendo, en una actitud comunitaria, lo que tenían y, por ende, solidarizándose con la situación de hambre de cada cual.

Es por ello que cuando los discípulos en una actitud individualista, le piden a Jesús que despida a la gente para que busquen dónde comer, Jesús les invita a compartir lo que ellos tenían (cinco panes y dos peces) y de esa manera dar ejemplo de lo mucho que el amor puede lograr cuando nos solidarizamos con la necesidad de los demás. Cuando los discípulos comienzan a dar y repartir lo único que tenían, aquellos que también habían llevado algo comienzan a repartirlo para compartir en los pequeños grupos (de cincuenta). Es así como Jesús realiza el milagro de que todos se despojaron de su individualismo y egoísmo. De esta forma Jesús logra enseñarles a ellos y a nosotros varias cosas. Entre tales cosas podríamos mencionar que cuando hemos tenido una experiencia cristiana genuina y verdadera, somos capaces de realizar el principal mandamiento de Dios, de amar al prójimo como a nosotros mismos. Cuando dicho amor es genuino, renunciamos al egoísmo, al individualismo, a nuestros intereses personales para identificarnos con nuestros hermanos. Al solidarizarnos así con nuestros semejantes, nos gozamos con nuestro hermano cuando hay alegría, sufrimos con él cuando hay dolor y le socorremos y apoyamos en momento de dificultad sin importar las consecuencias. Obviamente, también somos capaces de compartir, no lo que nos sobra sino lo que tenemos en términos de bienes materiales, ropa, comida, etc. Y cuando todos decidimos compartir de esa manera en un ánimo comunitario y de solidaridad los bienes, recursos (comida) se multiplican, como en el pasaje bíblico para satisfacer las necesidades humanas. Dice la Palabra que la gente comió hasta quedar satisfecha, y todavía llenaron doce canastas con los pedazos sobrantes. (Lucas 9:17) Realmente era una señal milagrosa de lo que implicaría la convivencia en el Reino. Jesús destaca en ese momento la importancia de convivir en comunidad (por ello los agrupa en cincuenta), en amor y solidaridad para identificarnos y comprometernos con nuestros hermanos en sus necesidades. No meramente es un llamado a la compasión sino al compromiso que demanda el amor al prójimo.

Es importante mencionar que momentos antes de este milagro Jesús había sentado las bases del Reino que pasa a ser la Iglesia. Destaca ahora en este acontecimiento la importancia de la convivencia en comunidad y la manera como se concretiza el amor al prójimo como un preámbulo a la

eucaristía que se dará más adelante. Señala así, algunos de los principios básicos que han de caracterizar la convivencia en el Reino, específicamente el amor concretizado en la solidaridad.

Estos ejemplos reafirman el objetivo de la misión de Cristo; en el sermón de la montaña que resume las líneas fundamentales del programa mesiánico. Jesús se dirige especialmente a una categoría de personas: los pobres, los humildes, los afligidos, los hambrientos, los sedientos, los perseguidos, los oprimidos. "A todos ellos me ha enviado el Padre a anunciar las buenas nuevas: liberación." No hay mayor indicio de solidaridad que esta afirmación de Jesús, la cual concretiza en cada uno de sus actos y milagros; conviviendo con sus discípulos, con su pueblo; experimentando sus mismos problemas, ya que fue pobre de nacimiento y vocación; es un obrero entre los demás obreros; un nazareno que no ha perdido los signos de su origen y de su condición social ni mucho menos recurre a su condición de Hijo de Dios para tener privilegios entre su pueblo sino todo lo contrario: vive, experimenta el dolor de su pueblo para demostrarles con su ejemplo que era posible liberarse de tal dolor, de tal opresión atacando a los hombres que sostienen y componen las instituciones que oprimen y esclavizan manteniendo la pobreza extrema. Pero antes de atacar tales instituciones, Jesús invita al ser humano a tomar conciencia de sí mismo, a aclarar su condición, a aceptar sus limitaciones, a reconocer su relación vertical y horizontal; a lograr, como Jesús, la realización integral. Es preciso redimir al ser humano de sus divisiones, egoísmo, individualismo, esclavitud, de su incapacidad de amar. He aquí la esencia del cristianismo y a su vez la médula del problema actual: una sociedad cuyo sistema socio-económico está basado en la acumulación de riquezas y la propiedad privada mantiene como valores primordiales el egoísmo y el individualismo por lo que es sumamente difícil entender el mensaje cristiano y, por ende, se dificulta internalizar el llamado a la solidaridad que demanda el amor de Jesús. Las estructuras eclesíásticas, como víctimas de dicho sistema, se concretan más en llevar un tipo de mensaje moralista encaminado hacia la salvación individual olvidando así el compromiso y responsabilidad que demanda el amor al prójimo. Esto implica una traición al significado auténtico del mensaje cristiano, es una violación al llamado y mandato de Dios, lo cual lleva a una situación de pecado.

Esta contradicción en la manera de entender el evangelio hace urgente la necesidad de reflexionar y concientizar a nuestras iglesias sobre la misión de Jesús y el llamado y mandato del Señor a su pueblo. La referencia bíblica ha de ser la fuente principal para entender nuestra misión como cristianos hoy día. La labor de Jesús como la de los profetas del Antiguo Testamento testifican cuál ha de ser el compromiso del pueblo de Dios.

Amós, por ejemplo, se desarrolla en un tiempo similar al nuestro; gran euforia económica, pero también hondo malestar social y religioso. El contraste entre el lujo de algunos y la pobreza de los campesinos salta a los ojos. En el aspecto religioso la decadencia es alarmante, ya que está falta de justicia. En esta situación el profeta predica la justicia, entendida como solución concreta de los conflictos existentes, como igualdad. Se puede decir que toda su predicación se centra en esta llamada a la justicia. Para el

profeta es imposible que logre sobrevivir una sociedad tan injusta y tan falsamente religiosa. Entonces clama contra la vanidad y la injusticia. Obviamente no pensaban como él ni los sacerdotes, ni el gobierno, ni las clases dominantes, ni siquiera el pueblo quienes se consideraban creyentes y tenían un concepto de Dios y la justicia diametralmente opuesto a lo que señalaba Amós. Por tal razón Amós estaba sólo en su señalamiento, pero era dirigido por Dios.

Cualquier parecido con la situación de la sociedad actual podría ser pura coincidencia. Pero la realidad es que al igual que Amós y Jesús todos los que hemos tenido una experiencia genuinamente cristiana tenemos el compromiso de solidarizarnos con la justicia y la paz; con la igualdad y dignidad del ser humano; con los que padecen hambre, con los que son marginados por los estilos de vida de la sociedad moderna. Ese tipo de compromiso se concretiza estando en pie de lucha contra todo lo que pretende denigrar los principios básicos del cristianismo (Amor, Justicia) y contra todos los que explotan, oprimen y atentan contra la paz para satisfacer intereses particulares. En fin, ese tipo de compromiso conlleva sacrificios, ir en contra de preceptos religiosos y, por ende, graves consecuencias, pero es el mandato de Dios. Por tal razón hay que cumplirlo o sencillamente renunciar al cristianismo. Cualquier predicación o mensaje que hoy se aleja de este mandato podrá ser muy "religioso", muy "carismático", pero no cristiano y, por ende, es pecaminoso y despreciable ante los ojos de Dios.

REFERENCIAS

- Sociedades Bíblicas Unidas. Dios habla hoy.*
Comentario Bíblico San Jerónimo. Ediciones Cristiandad Salamanca
Fitzmyer, Joseph. The Gospel According to Luke. Doubleday and Company, Inc. New York, 1981 p. 761-769
Gird, 6-B. Saint Luke. The West Minster Press, Philadelphia, 1978 p. 124-126
Barclay, William. The Gospel of Luke: Introduction and Interpretation. Philadelphia West Minster. 1956